

buena. — ¡Treinta francos!.... ¿Qué se puede comprar con ese dinero? ¿Un vestido, un mueble, un hectólitro y medio de trigo? — Sin duda. — Otra cosa se podría comprar que valdria mas. — ¿Cuál? — Si con ese dinero podéis aseguraros un amigo que os socorriera en vuestras necesidades, que viniera en las noches de invierno á sentarse en vuestro hogar, que os ayudara en la siega ó á encerrar la cosecha, que tuviera cariño á vuestros hijos y fuera su protector, ¿no valdria esto treinta francos? — ¿Qué quereis decir con eso, señor cura? — Quiero decir, amigo mio, que por ganar treinta francos perdeis cosa que vale mas: perdeis un hermano, que ha sido vuestro amigo y compañero de infancia, que ha sido mecido en los brazos de una misma madre y amamantado en el mismo seno. Quiero decir que por ganar treinta francos perdeis la alegría y la tranquilidad de vuestra vida. — Puede muy bien que así suceda, señor cura, ¿pero qué he de hacer? — Yo hablaré con vuestro hermano, y tal vez haya medio de arreglarlo todo.»

En efecto, el buen sacerdote fué á ver al otro hermano, y empleó con él poco mas ó ménos el mismo lenguaje; cuando le vió ya algo indeciso, le habló de su anciana madre, y del padre que ya no existia.... «¿Quereis alligir á vuestra madre en su vejez? le dijo; ¿qué diria vuestro padre si alzara la cabeza y presenciara las querellas de sus hijos? El ódio entre los hermanos es el dolor de los padres...» Corrieron las lágrimas por el rostro del aldeano, y corrió á abrazar á su hermano, y olvidando ámbos su animosidad rogaron al sacerdote se erigiera en árbitro de su discusion, quien tuvo poco trabajo en arreglar la diferencia, devolviéndoles desde aquel momento la tranquilidad.

La señorita de Rigny.
[Siglo XIX.]

Los acontecimientos de la Revolucion habian privado á la señorita de Rigny de toda su familia. Retirada en una casa

aislada en medio del campo á la edad de veinte años, cuidaba á la vez de la casa y de la educacion de su hermano, que no contaba con otro apoyo que ella. Su deseo era que su hermano entrara en la Escuela politécnica; pero, ¿cómo podia prepararle para ello? ¿Cómo podia darle al mismo tiempo la educacion literaria? Los colegios han desaparecido, y las escuelas de instruccion que comenzaban á establecerse, no le parecian á la señorita de Rigny dignas de su confianza. Su fraternal cariño la inspiró una idea verdaderamente noble, y se puso á aprender todo lo que debia saber su hermano para enseñárselo. Por árido que pueda parecer este trabajo á una mujer, la señorita de Rigny se entregó á él con perseverancia y consiguió el mejor resultado; la lengua latina, la literatura antigua y moderna, la elocuencia, la historia, los diversos ramos de las matemáticas, todo lo aprendió y lo enseñó á su hermano; el jóven Rigny fué admitido en la Escuela politécnica sin haber tenido otro maestro que su hermana.

Este mismo Rigny fué quien, con el grado de almirante, mandaba la escuadra francesa en Navarino¹; y tiempo despues desempeñó el ministerio de Marina².

Tal fué el glorioso puesto que le preparó la infatigable abnegacion de su hermana.

Aubry.

El 31 de octubre de 1800 se efectuó la apertura de la esclusa de Vermanton³ que habia sido construida de nuevo. Estéban Aubry sabe que su hijo, de edad de doce á trece años, conduce la popa del tren de balsas que debe pasar primero. Alarmado del peligro que corre en una esclusa nueva, va á buscarle y se embarca con él para estar á la mira. En efecto, apénas habia pasado la mitad del tren, cuando la otra mitad se sumerge á mas de dos metros;

1. Ciudad y puerto de Grecia en la Morea; las escuadras aliadas de Francia, Inglaterra y Rusia destruyeron la flota turca y egipcia en 1827.

2. Falleció en 1835.

3. Vermanton está á 22 kilómetros de Auxerre; esta esclusa da paso á las maderas flotantes.

Aubry tomó á su hijo con un brazo y con el otro se afianzaba en el tren; pero la violencia de la corriente los separa, y desaparecen en los espumosos remolinos de agua.

El hijo mayor de Aubry, inválido militar, privado del brazo izquierdo, testigo de aquel terrible espectáculo se desesperaba viendo perecer á su padre y hermano sin poder ir en su auxilio.

El padre, sin embargo, consigue subir á bordo, merced á un largo remo que se le habia puesto al alcance, pero el niño, á quien se le habian presentado varias veces, no pudo asirle. Iba á apoyarse; su hermano, entónces, no consultando sino su corazon, se echa á nado, y á pesar de faltarle un brazo, coge al niño, le toma acuestas y le saca sano y salvo á la orilla.

El hijo del mercader.

Un comerciante de Lóndres tenia dos hijos de caractéres opuestos; el primogénito, orgulloso y malo, aborrecía á su hermano menor, que con su dulzura y amabilidad se conquistaba el afecto de todos. Murió el padre cuando el hijo segundo contaba diez y ocho años; el mayor se puso al frente de la casa y comenzó por arrojar de ella á su hermano. Entregándose luego á sus pasiones, creyó que la herencia paterna era inagotable, mas, empresas demasiado arriesgadas produjeron pérdidas de consideracion; su carácter alejó de él la confianza de las personas honradas y no tardó en ver comprometidos sus intereses.

El hermano menor se desanimó en un principio; su corazon estaba henchido de amargura y se decia á sí mismo: « Si mi hermano me trata así, ¿qué puedo esperar de los extraños? » No obstante recobró su valor, comenzó á emprender algunas operaciones comerciales, y ayudado por sus amigos, sostenido por la buena reputacion que supo adquirir, rico con la confianza que inspiraba, no tardó en ver prosperar sus negocios y aumentarse su fortuna.

Quince años habian trascurrido, y durante este inter-

valo; qué cambios tan notables produjeron los acontecimientos!

El hermano mayor se vió reducido á una situacion deplorable, salió de Inglaterra para buscar recursos en los países extranjeros, teniendo que regresar por último á su patria pobre, sin asilo y obligado á mendigar el pan.

Un dia que habia andado algunas leguas, cansado, estenuado, buscaba un abrigo donde poder reposar, cuando vió al extremo de una bella alameda una habitacion elegante situada en medio de una verde pradera y esmaltada de flores.

Al acercarse vió unos niños que jugaban sobre el césped al lado de su madre, y á alguna distancia de ellos un hombre que daba órdenes á los trabajadores y que parecia ser el dueño de aquella hermosa quinta. Adelantóse el infeliz; sus ropas destrozadas denotaban bien claro su miseria y balbuceó algunas palabras manifestando lo que necesitaba.

El dueño de la casa era muy caritativo; hizo que le socorrieran como era debido, y conversando con él despues con afabilidad, le preguntó la causa de su infortunio. El desdichado sintió ensancharse su corazon; refirió su historia, y hasta llegó á pronunciar el nombre de su padre.

A medida que iba hablando, se iba conmoviendo mas y mas su interlocutor, pero conteniendo en su pecho lo que sentia, invitó al pobre para que pasara la noche en su casa; hizo que le preparasen una habitacion cómoda y mandó que se le cuidase con el mayor esmero.

Al dia siguiente le preguntó: « Ayer me hablásteis de vuestro padre; ¿erais, pues, hijo único? — No señor, tenia un hermano. ¡Pero este recuerdo me es muy doloroso! un hermano á quien yo debia querer y que arrojé de mi lado; ¿por qué me haceis esa pregunta? — ¡Yo soy, yo soy tu hermano! » respondió el otro llorando, y arrojándose en sus brazos le estrechó en su corazon.

Asombrado y confuso el hermano mayor de arrepentimiento, gratitud y alegría, no podia hablar. « ¡Her-

mano mío! » exclamó, sin que pudiera salir otra palabra de su boca, estallando en sollozos y derramando copiosas lágrimas. « Desde ahora te quedas en mi casa, dijo el menor; puesto que yo soy rico, tú también lo eres; viviremos juntos y olvidaremos las pasadas penas. »

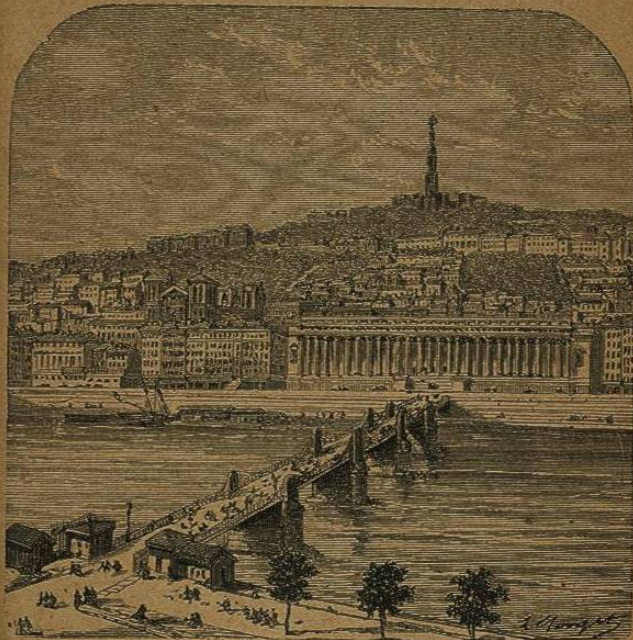
La vuelta del cautivo.

El joven Drymel, de nación francesa, cayó en poder de los rusos en la campaña de 1812¹; fué enviado á Siberia en cuyo espantoso país permaneció hasta que la paz de 1815 abrió á los cautivos las puertas de su patria. Drymel, cuya salud se había alterado profundamente con las fatigas y el rigor del clima, marchó con sumo trabajo por los caminos de Europa en compañía de otros prisioneros; pero al llegar á un pueblo cerca de Moscou, sus fuerzas le abandonaron por completo; se detuvo allí no dudando que se acercaba su última hora y se despidió de sus compañeros que continuaron su camino hácia Francia.

Algunos años transcurrieron sin que pudiera volver á su patria; su familia le creía muerto, pero despues de haber pasado cinco años en un hospital entre la vida y la muerte, la primavera de 1819 pareció devolverle las fuerzas y el valor. Púsose en camino, y á medida que andaba se sentía con mayores ánimos; pronto llegó á la frontera, y al poner su pié en la tierra de Francia se conmovió su alma de un modo imposible de describir. Se apresura ir á Lyon, su patria, llorando de gozo al volver á ver los sitios donde había pasado sus primeros años. Sin darse á conocer, preguntó por la casa de sus ancianos padres, y sólo le pudieron indicar los sepulcros donde reposaban. Le dijeron que el señor y la señora Drymel habían tenido un hijo que había muerto en Rusia, y que por lo tanto había quedado su hermana como única heredera de una fortuna bastante considerable, añadiendo, que dentro de dos ó tres dias iba á contraer matri-

1. El ejército francés que invadió la Rusia en 1812, fué casi enteramente destruido por el excesivo rigor del frío.

monio con el hijo de un comerciante no ménos rico y acaudalado. Al oír estas nuevas cayó Drymel en profunda meditacion; dirigió sus pasos á orillas del Ródano, y siguiendo por una calle de árboles que conducen hasta su confluencia, se preguntó qué partido debería tomar. ¿ Iré á



Lyon. — Vista tomada en frente del Palacio de Justicia.

presentarme en casa de mi hermana á pedirla mi parte de la herencia peterna? Ciertó es que estoy en mi derecho; pero va á casarse con un joven á quien ama sin duda; el padre de este joven pasa por ser interesado y codicioso; si se disminuyen en una mitad los bienes de mi hermana, seguramente no se efectuará el casamiento, ¡y entónces seria yo quien habria destruido el porvenir de mi hermana.

de esa pobre niña que tanto he querido! ¡Oh no! Déjeme la su dicha y su esposo. Me creen muerto; mi plaza en este mundo está ocupada, pues bien, no la reclamaré. ¡Libreme Dios de entristecer las fiestas de la boda con la aparición de un rostro olvidado hace largo tiempo; iré á Marsella, allí encontraré buenos amigos, mis compañeros de colegio, que me abrirán sus brazos, y si tengo que pasar algunos dias malos, preparado estoy á ello. ¿Qué puedo temer ya despues de lo que he sufrido?

Drymel habia tomado una resolucion irrevocable, pero no podia arrancarse de su ciudad natal sin haber visto á su hermana una vez por lo ménos. Guardó el mas estrecho incógnito en Lyon, y llegado el dia del himeneo, fué á la iglesia donde debia celebrarse; colocóse detras del pilar mas próximo al altar y esperó á los novios y á su séquito con una impaciencia que apenas podia reprimir. Las sillas estaban dispuestas para los asistentes, y un reclinatorio con dos cirios para los desposados. Llegó al fin el cortejo, y con una vivacidad que le hubiera descubierto si no estuviera ocupada en otro punto la atencion de los circunstantes, exclamó: «¡Ella es, sí, ella es! ¡Qué aire tiene tan amable y bondadoso!» Pero en medio de aquella brillante reunion, nadie hizo alto en un jóven, pálido, delgado, envuelto en un es mal capote gris, y medio oculto detras de una columna; asíes que no fué conocido de nadie. Reclinado sobre la silla de delante, contemplaba extasiado á su hermana; luego, fijando en su marido una mirada escrutadora, trataba de adivinar en sus ojos y en sus menores movimientos si haria feliz á la que se entregaba á él para toda su vida. En el momento en que la desposada pronunciaba con voz conmovida el sí que unia eternamente su destino, Drymel cayó de hinojos y pronunció por ella una de esas preces que llegan hasta el cielo, porque son desinteresadas.

Despues de la misa se colocó Drymel cerca de la puerta por donde debia pasar el cortejo nupcial. La jóven desposada notó en medio de la multitud aquella cara pálida y grave; se detuvo, miró fijamente y pasó. Drymel estaba á punto de

arrojarse á los brazos de su hermana, pero su valor le contuvo y se alejó de allí con rapidez.

La misma noche salió con direccion á Marsella, en donde encontró á un antiguo condiscípulo que á la sazón era un comerciante probo é inteligente. Oyó el relato de Drymel respecto á lo sucedido en Lyon; le manifestó un enternecimiento mezclado de respeto, y prometió guardar inviolablemente el secreto. Tenia entónces un buque que estaba haciendo su cargamento para la América meridional, y propuso á Drymel una plaza en el buque interesándole en las mercancías, oferta que aceptó Drymel de buena gana, y de este modo salió de Francia quince dias despues de haber vuelto á ella; desde entónces no se ha vuelto á saber de él. ¿Habrá conseguido hacer fortuna con que venga á disfrutar de ella algun dia al lado de su hermana, ó acaso su salud, ya tan quebrantada cuando salió, no pudo resistir la fatiga de aquella travesía tan larga? Se ignora completamente; pero es seguro, que en este ó en el otro mundo ha recibido ya su recompensa.

AMOS Y CRIADOS.

Acostumbraos á ser hermanos y bondadosos para con vuestros servidores. Ha dicho un sabio « que es preciso mirarlos como á amigos desgraciados. » Reflexionad que sólo debeis á la casualidad la extremada diferencia que existe entre ellos y vosotros; no los hagais sentir su situación; no aumenteis sus penas; no hay cosa mas baja que ser altanero con quienes están sometidos á vuestro dominio. No empleeis palabras duras; siendo el servicio contrario á la igualdad natural de los hombres, debemos suavizarle. ¿Tenemos derecho á exigir que estén exentos de defectos nuestros criados, cuando todos los dias les mostramos los nuestros? (MADAMA DE LAMBERT.)

Nada es tan frecuente en el mundo como los funestos cambios de la suerte. Engañadas muchas familias ricas y felices por la inestabilidad de la fortuna, caen de repente en una miseria absoluta. ¿Dónde hallará recursos su desesperacion? Con frecuencia será en la piedad, en la abnegacion de pobres sirvientes que les fueron adictos en los dias de su opulencia. (L.)

Gaugelme.

[1348.]

Durante la expedicion de San Luis á Egipto, fué atacado de la peste un ayuda de cámara del rey, quien al saber que

estaba en peligro su fiel servidor, exclamó : « Quiero ir á verle. » En vano se le quiso disuadir, manifestándole que era suma imprudencia exponerse á contraer aquella terrible enfermedad. « Ese hombre es mi criado, es mi hermano, contestó el monarca; y no le dejaré morir sin darle esta prueba de mi afecto. » Y en el acto marchó á ver á Guagelme, cuyos ojos medio apagados brillaron de júbilo y de gratitud. Luis prolongó algun tiempo su visita y con sus palabras le consoló y le infundió valor.

Miguel Angel ¹.

Siendo ya Miguel Angel mas que octogenario, cuidó de dia y de noche á su fiel criado Urbino, al que una enfermedad mortal habia postrado en cama. Hé aquí en que términos escribe á un amigo refiriendo la pérdida de su sirviente :

« Mi querido amigo, yo escribo muy mal, mas sin embargo os diré alguna cosa en contestacion á vuestra carta... Ya sabeis que ha muerto Urbino, lo que ha sido para mí una verdadera gracia de Dios y á la vez una gran pérdida é infinito dolor. Digo la gracia, porque despues de conservar mi vida durante la suya con sus cuidados, me ha enseñado á su muerte la manera de morir bien. Le he tenido en mi casa por espacio de veinte y seis años y siempre ha sido fiel y exacto; y cuando le habia puesto al abrigo de la necesidad, cuando esperaba que me serviria de báculo en mi vejez, le he perdido sin que me reste otra esperanza que la de volverle á ver en el paraíso. Dios nos ha dado á ámbos una señal de ello con su dichosa muerte, porque sentia mucho ménos el morir que el dejarme en este pérfido mundo en medio de tantas penas, y aunque la mayor parte de mí mismo se ha ido con él. Solo me queda un dolor inmenso, y ahora me recomiendo á vos. »

Esta carta, que demuestra á un tiempo la piedad y la

¹. Nacido en Toscana; gran pintor, escultor y arquitecto; todavia traba-

jaba cuando falleció en Roma en 1564, á la edad de 90 años.

sensibilidad de Miguel Angel, es uno de los rasgos mas sublimes y característicos de la historia de este héroe del arte.

Un célebre pintor de nuestros dias ha representado en un cuadro de mérito la escena de Miguel Angel cuidando á su leal sirviente.

La doncella.

Con motivo de haber sufrido graves reveses de fortunas se vió precisado un hombre muy acaudalado, á encerrarse en una severa economía. « Acabo de deshacerme de todo el lujo que ántes nos permitia la fortuna que hemos perdido, dijo á su esposa, y no puedo dispensarme de rogarte me imites en esto. Tienes á tu servicio una doncella que aprecias mucho, y me cuesta pesadumbre pedirte ese sacrificio, pero es absolutamente necesario y creo que no me lo rehusarás. »

Por cruel que fuera la separacion, conoció aquella señora la necesidad y se resignó. Llamó á su criada y la anunció sus intenciones, manifestando lo penoso que la era separarse de ella. « Señora, contestó la jóven, ya sabeis que tengo alguna maña, y creo que con las pocas disposiciones que tengo podria ganar mi comida en vuestra casa. Por lo tanto os ruego me permitais continúe á vuestro servicio, pues no quiero mas retribucion que la de permanecer á vuestro lado. » Lágrimas abundantes que corrieron por ámbos rostros dieron fin á la conversacion.

A poco rato se anunció que estaba servida la comida, y el marido, que supo lo ocurrido, pasó al comedor y mandó poner otro cubierto mas en la mesa. « ¿Esperas á alguien? le preguntó su esposa.—No, llama á tu doncella que venga. » Llegó ésta, y tomándola de la mano el dueño de la casa, la dijo : « Señorita, la nobleza de vuestros sentimientos, la sensibilidad de vuestro corazon os hacen nuestra amiga; tomad sitio á nuestro lado y en adelante no tendreis otro. »

Huber¹.

El célebre Huber, á quien es deudora la historia natura de observaciones curiosísimas, perdió la vista; terrible desgracia que iba á poner fin á sus trabajos interesantes y cuya idea le desesperaba. Pero despues de haber reflexionado bien un día sobre aquel triste suceso, exclamó de repente: « Yo me haré ojos, yo veré, » y en el instante llama al jóven Francisco Burnens que estaba á su servicio. « Escucha, le dijo: tú tienes bastante talento, buena vista y deseas instruirte; ayúdame á continuar mis experiencias, tú verás por mí, y yo me encargo de lo demas. » El pobre jóven, avergonzado de su ignorancia, no se atrevia á responder; pero conmovido por los ruegos de su amo, consintió en ello, y desde entónces se dedicó enteramente y con el mayor celo á cumplir sus nuevos deberes. Secundó con tanto acierto á Huber, que ya no echaba éste de ménos sus ojos. El maestro y el discípulo formaban una sola persona; era la misma voluntad y la misma existencia. Aquella tierna asociacion hizo multitud de observaciones muy curiosas. Cuando murió Huber, le lloró amargamente el jóven, pues habia concebido por él un afecto cariñoso. Su abnegacion fué recompensada, porque trabajando con su amo se desarrolló su inteligencia y se aumentaron sus conocimientos. Estudió leyes y llegó á ser juez en un canton de Suiza.

La partida de caza.

Thery, escritor de nota, insertó en sus *Consejos á la juventud* el relato siguiente, debido á uno de sus amigos, hábil médico y aficionado á la caza; ejemplo que servirá de leccion á los que se muestran duros é insolentes con las personas que la necesidad obliga á servirlos.

« Tenia en mi casa un viejo y excelente criado que yo es-

1. Francisco Huber nació en Ginebra en 1740 y falleció en Lausana en 1801

timaba y que me pagaba con su cariño. Por desgracia mis dos hijas, mal educadas por un aya demasiado complaciente, se divertian en atormentarle. Elisa le hacia jugarretas muy indiscretas, ya haciéndole creer que yo le llamaba desde el otro extremo del jardin, adonde llegaba sin poder respirar para sufrir un regaño de mi parte por haber dejado su ocupacion; ya apagando su luz en el momento que bajaba á la cueva con riesgo de que se rompiera una pierna. Elena, que era la mayor, se burlaba de él como de un ente completamente ridículo, y le mandaba hacer con tono breve y despótico tareas inútiles ó fatigosas. El pobre Olivier lo soportaba todo por el afecto que me profesaba, y me ocultaba muchas de estas cosas, porque temia mi cólera contra mis hijas.

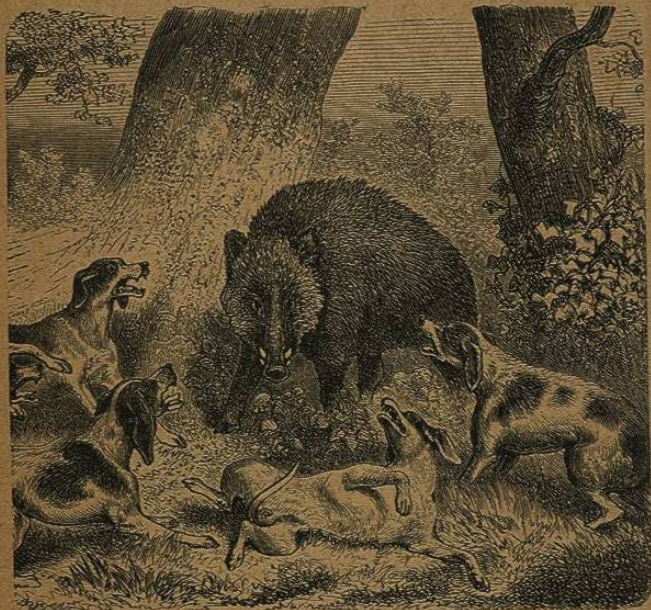
Una vez dispuse en compañía de varios amigos salir á caza de jabalí. Cuando se hallaba Olivier haciendo con afan los preparativos necesarios, limpiando las escopetas y los cuchillos de monte, Elisa corria y saltaba en derredor suyo echando por tierra sus cepillos, desgarrando los pedazos de tela con que limpiaba y pulia; coge luego una escopeta, y jugando con ella, apuntó á su aya, que presenciaba aquellas travesuras sin poner coto. Olvidando la pobre señora que no estaba cargada la escopeta, se asustó de tal modo que cayó de espaldas y se hizo una herida. Al ver esto Elisa comenzó á dar tremendos gritos. Acude Elena, se entera de lo sucedido y dice á Olivier con desabrido é insultante tono: « Si con vuestros sesenta años y vuestra barba blanca no sois capaz de impedir semejantes locuras, no veo para qué servís aquí; de este modo es muy mal ganado el dinero que os da mi padre. »

Quedóse confundido Olivier, y se acabó su paciencia. Resolvió á dejar una casa donde ni su edad ni su fidelidad impedían que se le tratara de tan indigna manera. Estaba yo entónces haciendo mis visitas, y cuando volví á casa ya no le encontré.

La herida del aya era insignificante. Reprendí á mis hijas con severidad y esperé en vano á que viniera Olivier.

Mi ansiedad era extrema, cuando á las tres de la mañana vinieron á buscarme mis amigos para la caza y marché con ellos inquieto y apesadumbrado.

Llegamos al monte y nos señalamos los puestos para poder rodear el sitio mas espeso, y soltamos los perros. Al cabo de una hora sale el jabalí á un campo, donde le herí



de un tiro; cae, rueda algunas veces por el suelo, se levanta y vuelve á meterse rápidamente en la espesura.

« Me hallaba solo entónces, léjos de mis compañeros y sin perros; pero el amor propio me enardeció el ánimo; quise acabar la obra comenzada y cortar la retirada al jabalí atravesando una hondonada bastante profunda que bajaba y subía en forma de embudo, y toda ella llena de piedras y maleza. Varias veces se me resbaló el pié, ó se

enganchaba mi escopeta y me hacia dar un paso atras. Llegué por fin á la vuelta que era preciso pasar para volver á entrar en el bosque. Comenzaba á subir un sendero estrecho y pedregoso, cuando en aquel mismo sitio se presenta por cima de mi cabeza el jabalí, furioso por la herida. Apénas tuve el tiempo de echar un paso atras que ya la fiera me embiste y me derriba. Del primer golpe de sus terribles colmillos me desgarró la ropa; el segundo va á serme fatal; no tengo mas que un medio, y haciéndome temerario por necesidad, lucho á brazo partido con el animal, mas temible cuanto mas irritado estaba; pero cuyas fuerzas se iban debilitando con la pérdida de sangre.

« Le abrazo con fuerza, y luchamos en el fondo del precipicio que parecia iba á ser nuestro mútuo sepulcro. El jabalí dió algunas sacudidas rápidas é imprevistas, desembarazó su cabeza varias veces y me hizo crueles heridas. Ya me iba debilitando y temia que no fueran oidas mis voces, cuando oí un ruido á mi lado. Unas moreras silvestres me impedían ver un hombre que se deslizaba por el costado mas escarpado del precipicio. Con un arma en la mano se arrojó sobre mi temible adversario y le hirió mortalmente.

« ¿ No adivinais quién era aquel hombre á quien yo debía la vida? Era Olivier. Triste y desesperado habia pasado la noche en el bosque; y como oyera despues las trompas de caza, se acordó que algunas veces mi temeridad llegaba al exceso, y siguiéndome de léjos no me habia perdido de vista.

« ¡ Cuál fué la confusion de mis hijas cuando supieron que el hombre que tan indignamente habian maltratado, acababa de salvar la vida á su padre! Desde este dia le consideran con respeto; y Olivier recibe el trato que merece un servidor fiel. »
«^{es} decir, como un amigo verdadero. »

Guenisset

Antonio Magi, comerciante de Marsella, sufrió algunas pérdidas en la época de la primera revolución. Inspirándole confianza las operaciones del gobierno, después del tratado de Amiens¹ arriesgó en algunos buques lo que le quedaba de su fortuna; pero todo cayó en manos de los corsarios ingleses. Arruinado con este nuevo desastre, se dirigió á París, acompañado de sus dos antiguos criados, Guenisset y su mujer, para solicitar una indemnización al gobierno, sin que pudiera conseguirlo...

Desde entónces debió su existencia á los sacrificios de sus leales sirvientes, que compadecidos de su infortunio, unieron mas que nunca su suerte á la de su amo, con la esperanza, si no de cambiarla, al ménos de suavizarla. El marido obtuvo una plaza de sacristan que le producía quinze francos mensuales que se empleaban en la casa. Su mujer se procuró trabajo en la costura, y de comun acuerdo dedicaban el fruto de su trabajo á sostener los penosos dias de su buen amo. Veinte años después murió la esposa de Guenisset, y su honrado marido continuó soportando él solo la carga que ántes llevaban los dos; en los momentos que le dejaban libres las funciones de la sacristía, se ocupaba como demandadero. Una grave enfermedad le hizo perder su plaza de sacristan, y ya no quedó mas recurso para él y su amo que lo que podia ganar con su segunda ocupacion. Su celo parecia aumentar sus fuerzas, y gracias á él, su amo no careció de nada hasta su muerte.

1. En 1802. La paz de Amiens entre Francia é Inglaterra, bajo el consuelo de Bonaparte, sólo duró algunos meses.

§ XII. DEBERES DE POSICION Y DE PROFESION.

MAGISTRADOS, ADMINISTRADORES.

El magistrado es la ley viva. (CICERON.)

Para ser digno de mandar, debe el hombre tratar de ser mejor que los que están á sus órdenes. (*Curso de moral.*)

Cuanto mas elevada es la dignidad, mayores son los deberes para con Dios, la patria, el príncipe y el público, y por lo tanto mas severos para consigo mismo. (B.)

Mateo Molé¹.

La mala administracion del cardenal Mazarino durante la minoría de Luis XIV, causó desórdenes que degeneraron en guerra civil.

Mateo Molé, primer presidente del Parlamento de París, desplegó en aquellas circunstancias una firmeza á toda prueba, y cumplió con igual celo sus deberes de magistrado y de ciudadano.

El gobierno encarceló arbitrariamente á dos consejeros del Parlamento, acusados de sublevar al pueblo, con lo cual estalló en París una sedicion. El Parlamento decidió presentarse en el Palacio Real² á pedir á la reina madre pusiera en libertad á los dos consejeros. En todas las calles se levantaron barricadas, que se bajaban ante el Parlamento; mas volviendo este cuerpo sin traer consigo á los consejeros presos, el furor del pueblo se volvió contra los magistrados, acusándolos de traicion. Se construyeron de nuevo las barricadas, se oyen gritos terribles, y con pistola en mano se amenaza á los consejeros; la mayor parte de estos hallan su salvacion en la fuga. Molé, impávido y sereno, reúne los consejeros que puede, y vuelve al Palacio Real con lento paso, sufriendo en su camino blasfemias é

1. Nació en 1584; fué primer presidente en 1641, y murió en 1656.

2. La reina regente, madre de

Luis XIV, habitaba entónces en el Palacio Real.